

CAPITULO XXXV.

La última tentativa.



o consiguió su objeto fray Fernando de Talavera ni los que habian influido desfavorablemente acerca del proyecto de Colon.

Los reyes no quisieron renunciar para siempre á un proyecto que tanta gloria y tanto provecho podia proporcionarles, y que por lo demas habia encontrado muchos partidarios entre las personas ilustradas que habian formado el consejo.

Fray Diego de Deza era por entónces preceptor del príncipe Juan, y aprovechando el favor que con este motivo disfrutaba en la corte, habló á los reyes y combatió la opinion que sostenian los encargados de informar en el consejo.

Por otra parte, algunos otros nobles personajes, que habian tenido ocasion de oír hablar acerca de las ideas de Colon al arzobispo de Toledo, á don Alvaro de Portugal y á la marquesa de Moya, influyeron para sostener en el ánimo de los reyes la resolucion que habian tomado al saber el informe del consejo, y se convino, en vez de quitar á Colon toda esperanza de proteccion y amparo, buscar un medio de detenerle en España, dándole esperanzas para más tarde.

El mismo fray Fernando de Talavera recibió la orden de ver á Colon, que permanecia en Córdoba, y de decirle que los enormes gastos de la guerra no permitian á los soberanos em-

prender conquistas de otro género, ofreciéndole que cuando terminara la guerra tratarian con él

El obispo de Avila, que desempeñó muy á su pesar aquella mision, al hablarle en los términos en que lo hizo, procuró, sin comprometerse, dar á entender al marino que las palabras que acababa de pronunciar no eran más que una excusa cortés, puesto que al hablar de la terminacion de la guerra le dió á entender que no podia nadie fijar, ni aproximadamente, la época en que los beneficios de la paz se disfrutarian en España.

Poco satisfecho Colon con aquella respuesta de los reyes, despues de los años que habia empleado en sus pretensiones, y de los sacrificios que habia hecho, se trasladó á Sevilla, donde se hallaba la corte, deseoso de oír de boca de los mismos reyes lo que por su orden le habia comunicado fray Fernando de Talavera.

Recibido por ellos con la mayor cortesía, tuvo el desconuelo de oír, sobre poco más ó ménos, las mismas palabras que le habia dicho el obispo de Avila.

Y considerando aquel aplazamiento como una negativa, suponiendo que la influencia de sus enemigos habia cambiado los buenos deseos que en su favor le manifestaran los reyes, desconfiando de las halagüeñas promesas que le hacian, abandonó á Sevilla, llevando una profunda amargura en su corazon, y resuelto aquella vez á partir para siempre de España sin decírselo á sus amigos, porque sabia hasta qué punto les engañaba su buena fe y el deseo que tenian de conservarles á su lado.

Antes de partir para siempre, se encaminó á Baeza.

—Quién sabe, dijo, si me esperan nuevas desdichas en otros países; quién sabe si mi naturaleza, trabajada por tan continuos desengaños, está próxima á sucumbir: que ántes, al mé-

nos, pueda yo estrechar en mis brazos á mis hijos y saber que su porvenir queda asegurado.

Beltran é Inés le acogieron con el cariño de siempre, y pasó en su compañía algunos días dichoso, recreándose en aquel hermoso niño, que tenia todas las facciones de su madre y que le recordaba las mayores dichas de su vida.

Trataron de hacerle desistir de su propósito los leales servidores de Beatriz; pero cuantas razones le dieron fueron inútiles.

La desesperacion hablaba por Colon.

Prometiéronle velar por su hijo, y le dispidieron con las lágrimas en los ojos, deseándole mejor suerte y un pronto y feliz regreso, porque les habia prometido, si triunfaba, volver á compartir con ellos y con su hijo su alegría.

Desde Baeza resolvió trasladarse á la Ràbida para despedirse de fray Juan Perez de Marchena y de su hijo Diego, á quien hacia ya tantos años que no veia.

Un día al anochecer llegó á las puertas del convento que seis años ántes le habia visto desfallecido y enfermo pedir hospitalidad para él y para su hijo.

Llamó, y el solo anuncio de su llegada puso en conmocion á toda la comunidad.

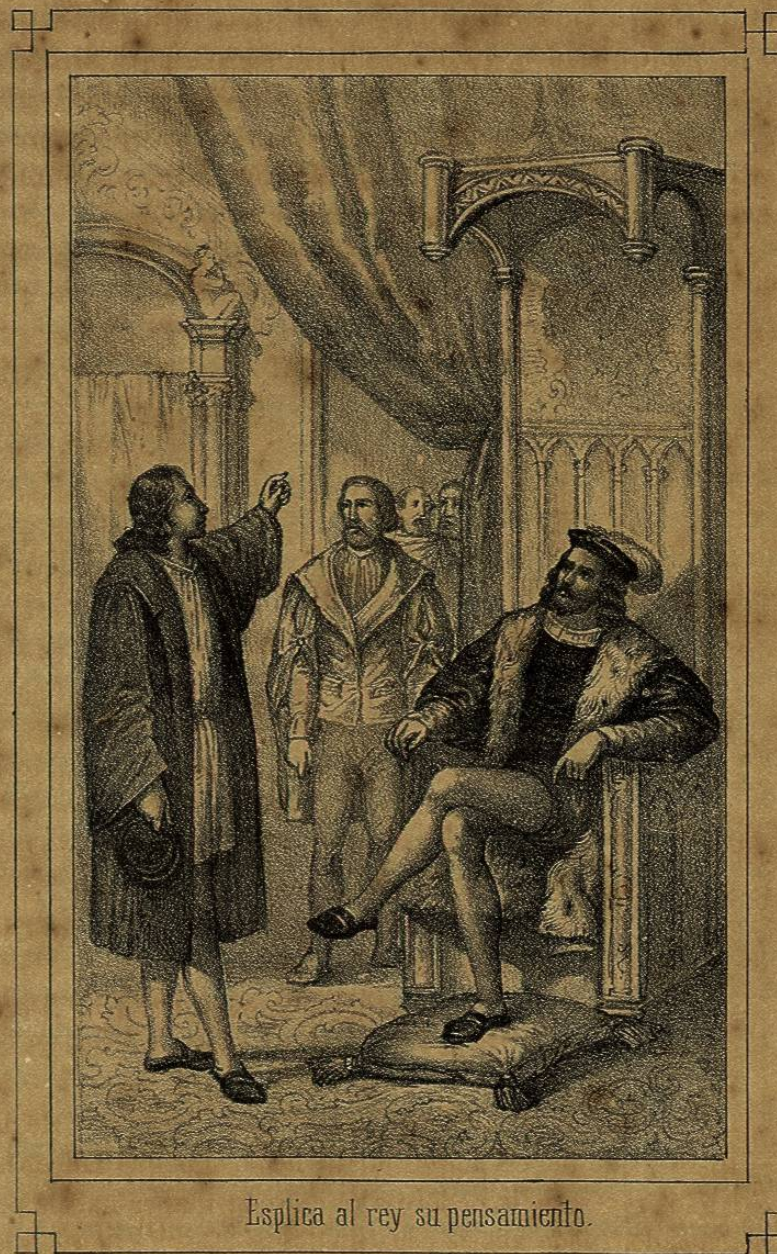
Fray Juan Perez de Marchena, á pesar de sus años, abandonó la celda, y salió precipitadamente á recibirle.

Los demas frailes estrecharon su mano con efusion y Diego abrazó á su padre con el mayor cariño.

—¿Qué significa vuestra venida? le preguntó fray Perez de Marchena. ¿Son buenas ó malas las noticias que nos traéis?

—Malas, muy malas, padre mio, dijo Colon.

—Pues qué, á pesar de los pasos que habeis dado; de las relaciones que habeis adquirido; de las visitas que habeis hecho á los reyes; de la poderosa proteccion que os habeis proporcionado, ¿nada habeis conseguido?



Explica al rey su pensamiento.

—Perder el tiempo, alimentar esperanzas para verlas morir en mi corazon; hallar en último resultado el desengaño más completo. Por eso mi venida no tiene más objeto que daros un abrazo, recomendaros eficazmente á mi hijo Diego, y partir para siempre de España.

—¡Oh! No; eso no es posible.
—Y sin embargo, estoy resuelto á salir en breve de este país; á buscar en otro lo que en este no he hallado.

Fray Perez de Marchena, profundamente conmovido, empleó todo su talento para que desistiera del viaje.

—Yo no dudo, añadió, que los reyes tienen la mejor voluntad en ayudaros. La guerra es un poderoso obstáculo á sus deseos; esperad, esperad á mi lado á que la guerra termine; aquí nada os faltará: descansareis, os curareis de las heridas que habeis sufrido en vuestras ilusiones, y yo mismo iré á ver á los reyes para hablarles como ninguno de vuestros amigos y protectores les ha hablado hasta ahora.

Colon, que no habia olvidado que en aquel convento habia hallado en España las primeras personas capaces de comprenderle y de estimarle, por más que manifestó á fray Juan Perez de Marchena que su resolucion era irrevocable, quiso ántes de partir ver á aquellos amigos con quienes habia conversado tantas veces y con tanto provecho de su empresa.

No tardaron en acudir á verle el médico Fernandez, y con algunos marinos de Palos, Martin Alonso Pinzon, jefe de una familia de ricos y hábiles navegantes de aquella villa, célebre por las aventureras expediciones que habia llevado á cabo.

Colon confió á todos cuanto le habia ocurrido desde su partida, el exámen que habia sufrido en varias ocasiones, los argumentos que se habian presentado en contra de sus ideas, y en aquel pequeño círculo de hombres científicos, de hom-

bres de buena fe, de hombres que ambicionaban para España la gloria que Colon queria alcanzar, encontró nueva sávia, nuevas fuerzas, nuevo impulso para seguir adelante en su empresa.

—No hay duda, decia Martin Alonso Pinzon; vuestros proyectos pueden realizarse, estoy seguro de ello, y si quereis, yo, desde ahora, me comprometo à pagar los gastos del viaje y vuestra estancia al lado de la corte, para que, si no con el auxilio de los reyes, con el de algunos otros nobles que poseen grandes riquezas, podais salir airoso de vuestro plan.

—¡Oh! No, es imposible, dijo Colon. Los cortesanos me apoyarian si los reyes me protegieran, y esto no seria entonces más que una consecuencia de la adulacion; pero si me ven desamparado de los soberanos, aunque haya alguno que sienta deseo de favorecerme, no me favorecerá porque no parezca su caridad una leccion dada á los reyes.

—¿Y qué hareis entónces?

—En Francia hay un soberano poderoso. Tal vez habrá sabido que los reyes de Portugal y de Inglaterra me han buscado y que yo he desechado sus proposiciones; tal vez querrá para su nacion la gloria que los otros han querido, y que yo únicamente deseaba ofrecer á España.

—Tambien él está en guerra.

—Pero al amor á la gloria hace prodigios.

—¿Y quien os dice, añadió fray Juan Perez de Marchena, que asistia á la conversacion, quién os dice que no hallareis tambien en Francia ó en cualquiera otro país que elijais, los mismos obstáculos, las mismas desventuras que habeis hallado aquí; quién os dice que, despues de emplear mucho tiempo en conquistar la proteccion del monarca, no hallareis al final un desengaño más cruel todavía que el que aquí habeis encontrado.

El prior del convento pudo conseguir de su huésped que aplazase su marche durante algunos dias, y como deseaba para España la gloria que estaba seguro de alcanzar el ilustre marino, aprovechó aquellos dias de tregua para llevar á cabo un proyecto que habia concebido.

El mismo dia en que habian celebrado aquella conversacion buscó á Sebastian Rodriguez, piloto de Lope, y uno de los hombres más considerados de aquella comarca, y le confió la mision de llevar una carta á la reina y de hablarla en su nombre.

En aquellos momentos la reina estaba en Santa Fé, ciudad militar, que se hallaba construida en la Vega de Granada, á consecuencia del incendio que habia sufrido el campamento real.

Sebastian Rodriguez, que era tambien uno de los admiradores de Colon, llegó hasta la tienda de su majestad, obtuvo una audiencia, y puso en sus manos la carta del prior de la Rábida.

Fray Juan Perez de Marchena pedia en ella á la reina permiso para ir á hablarla en favor de Colon.

La contestacion de Isabel no pudo ser más favorable.

Manifestó al venerable anciano que le proporcionaria gran placer con aquella visita, y al mismo tiempo le encargaba que fomentase la esperanza en el corazon de su huésped, porque muy pronto podria tener ocasion de demostrarle cuánto estimaba su talento y su inmensa virtud.

La respuesta, que llegó catorce dias despues de la partida del piloto, llenó de alegría á todos los que, reunidos en el convento, deseaban que Colon no partiese.

El mismo dia en que se recibió tan benévola respuesta, el prior, sin pensar en sus años ni en sus achaques, mandó à buscar al famoso Matías Sampayo, que gracias á la posicion

que ocupaba su hija habia mejorado mucho de fortuna, y no servia más que al prior, á quien profesaba una veneracion sin límites, y mandó ensillar una mula, partió con Matías á media noche, atravesó el territorio recientemente conquistado á los moros, y no tardó en llegar á Santa Fé, en donde los augustos esposos dirigian el sitio de Granada, y esperaban de un momento á otro apoderarse de aquella rica joya de los árabes.

El antiguo confesor de la reina, el venerable Juan Perez de Marchena, fué recibido con el mayor cariño por la Reina Católica.

Hacia ya tanto tiempo que no se veian, y era tan grato el recuerdo que conservaba Isabel de la bondad de alma, de la inteligencia superior de su confesor, que haciéndole sentar y tratándole con el mayor agasajo y familiaridad, no le dió tiempo para que explicara el objeto de su visita, porque la primera parte de su conversacion la llenó la reina con la reseña de las victorias que habian conseguido sus ejércitos, con los proyectos que estaban realizando, y con las esperanzas que abrigaba su corazon católico.

Satisfecha porque aquella expansion habia desahogado su alma de los cuidados que continuamente pesaban sobre ella.

—Ahora, mi querido, mi venerable amigo, vais á decirme qué es lo que os ha traído por aquí, porque aunque el contenido de vuestra carta me lo hace presumir, grandes deben ser las causas, cuando un anciano como vos, acostumbrado á no salir de su convento, á vivir en el reposo, le han hecho abandonar estas comodidades para atravesar en una mula escarpadas sierras y venir hasta mi tienda de campaña.

Señora, dijo el prior de la Rábida, muy niña aún os he conocido, y tenido la suerte de acompañar vuestro corazon hácia el bien, adonde caminaba por sí solo.

Sé que la piedad está tan arraigada en vuestro pecho, que basta invocarla para que consuele; sé que á estas nobles cualidades unís la de un amor inmenso á la gloria de vuestros pueblos. Por todas estas causas he querido venir y deciros un hombre dotado de poderoso génio puede aumentar la gloria de vuestra nacion y unir un timbre más al de vuestro nombre.

—¿Aludís á Colon?

—Sí, señora. El pobre marino abriga un proyecto sublime, un proyecto de cuya realizacion no dudan los hombres versados en las ciencias, y animados al mismo tiempo de buena fe.

Ese hombre os venera, os admira, os ama, y desearia ofreceros los descubrimientos que proyecta llevar á cabo. Es verdad que le habeis acogido con benevolencia, que le habeis escuchado con afecto, que no os habeis negado por completo á favorecerle; pero lleva ya muchos años empleados en la esperanza, ha hecho costosos sacrificios, no puede esperar más, y yo, que soy su antiguo amigo, el primero que ha tenido la fortuna de conocerle en España y de prestarle apoyo, yo, que le quiero como á un hijo, y á vos, señora, que os considero como á la representacion de la Divinidad en la tierra, he querido venir á confiaros su resolucion, al parecer inquebrantable: ¡Colon va á partir!

—¿Qué decís? exclamó la reina, ¿no le hemos dicho que espere á que concluya la guerra, y que cuente despues con nuestra proteccion?

—Sí; pero él teme que la guerra se prolongue mucho tiempo; teme que las influencias que han contrarestado la generosidad de vuestro corazon y el de vuestro augusto esposo, contribuyan à influir en contra suya; y desesperado, viendo llegar el fin de sus dias, porque los sufrimientos matan, está

resuelto á partir á Francia para pedir al rey de aquella nacion la proteccion que necesita para llevar á cabo la expedicion que ha tantos años proyecta.

—Eso no puede ser; vos, mi buen amigo, le habreis aconsejado que desista de su propósito.

—He empleado toda la influencia que ejerzo sobre él, para que pase algunos dias en mi monasterio al lado de su hijo, jóven de catorce años, que tengo en mi celda desde que llegó con su padre á España.

Sin que él lo sepa, y comprendiendo que no le permitireis nunca abandonar este suelo hospitalario, he venido á implorar vuestro favor para él y deciros: ¿Quereis tener confianza en mí? ¿Creeis que los años que he estudiado han podido darme la necesaria ilustracion para apreciar en lo que valen las ideas de ese hombre? ¿Creeis en el amor que os profeso, en el vehemente deseo que abrigo de que vuestro reinado pase á la posteridad como el más grande de todos cuantos ha habido y pueda haber en esta nacion? Pues si me creeis, señora, si comprendeis mis deseos, el deseo de vuestra gloria y de la de España, no le desampareis. Prestadle vuestro apoyo, facilitadle recursos para que lleve á cabo esa empresa, cuyos resultados no pueden dejar de ser en extremo ventajosos, dadle los medios para que os conquiste esa gloria, y él os lo agradecerá: la posteridad os bendecirá, vuestro nombre resonará en apartadas regiones, y será símbolo del progreso del cristianismo, y de la prosperidad de unos pueblos que hoy sin duda yacen en la barbarie.

La fe con que hablaba el prior de la Rábida, las lágrimas que la emoción hacia asomar á sus ojos, la exaltacion de que se hallaba poseido, todo contribuyó á comunicar, no ya á la inteligencia, sino al corazon de la reina, los sentimientos que abrigaba en aquel instante.

—Id, id al convento y decid á Colon que yo le exijo que no parta, que venga á la corte, que me busque, que estoy resuelta á hacer toda clase de sacrificios para premiar su constancia, para dar alas á su génio.

Ebrio de alegría, fray Juan Perez de Marchena dió las gracias á la reina y se dispuso á volver á su convento.

Isabel le suplicó que permaneciese algunos dias á su lado; pero no queriendo retardar el prior la alegría que iba á proporcionar á su huésped, y deseando que cuanto ántes fuera al campamento de Granada, fray Perez de Marchena envió á García Fernandez, el famoso médico de Palos, la cantidad de veinte mil maravedís que la reina Isabel ofrecia á Colon para que se equipase y pudiese presentarse en la corte con el decoro debido.

El prior del convento de la Rábida se quedó al lado de la soberana, esperando por momentos la llegada de su amigo.

Este experimentó una viva alegría, porque aunque estaba resuelto á partir, era inmenso su pesar al ver que otra nacion podia ceñir á sus sienes la corona de laurel que él tejia para España.

Lleno de esperanza se puso en camino, y pocos dias despues tuvo la dicha de estrechar en sus brazos á su amigo el prior, y de hallarse delante de Granada.

Colon fué hospedado en la tienda de don Alonso de Quintanilla, contador general de Hacienda, muy amigo suyo, sobre todo en los tiempos en que disfrutaba el favor de los reyes.

Aunque á su llegada le aseguró Isabel que inmediatamente dispondria todo lo necesario para que emprendiese la expedicion, las circunstancias aplazaron todavia este suceso.

El sitio de Granada se prosiguió con gran actividad, y Colon no tuvo más remedio que aguardar el triunfo definiti-

vo de la Santa Cruz, triunfo que veía acercarse, y que compensaba sus sufrimientos por las detenciones que experimentaba la realización de su empresa.

No es extraño que los últimos momentos que precedieron á la conquista de Granada llenaran de entusiasmo su corazón.

Aquella lucha parecía fabulosa, aun á los mismos que la llevaban á cabo.

Los árabes, destrozados en su mismo seno por las luchas civiles, peleaban con el denuedo que da la fe, pero al mismo tiempo con el corazón lleno de amargura.

Los zegríes y los abencerrajes, en abierta lucha, fabricaban con su odio las cadenas con que sus conquistadores debían cargar sus pies.

Boabdil el Chico, último rey de Granada, se vió obligado, no solo á entregar las llaves de la ciudad, á rendir pleito homenaje á los reyes Católicos, á abandonar aquel eden donde había pasado los mejores años de su vida, sino que en el momento de partir de aquel oasis veía separarse de su lado á la sultana Moraima, á la prenda querida de su corazón, para abrazar la religión cristiana.

Las causas que motivaron esta resolución de la reina árabe, constituyen una de las más preciosas tradiciones del reino granadino, y aunque ajena á la historia de nuestro héroe, impresionó fuertemente su ánimo, y bien merece que hagamos una digresión para referirla á nuestros lectores.

“Las tradiciones granadinas,” libro bellissimo, refiere sobre poco más ó menos en estos términos la tradición á que aludimos, origen de las guerras intestinas de los árabes, y causa de que, al partir de Granada, tuviera Boabdil que perder á su esposa.

CAPITULO XXXVI.

Zegríes y abencerrajes.

EPISODIO.



LEGIDO Boabdil, rey de Granada por los de su bando, quiso inaugurar su segundo reinado con fiestas y zambras.

Jamás se celebraron en esta ciudad las diversiones que entónces.

No pasaba día sin que se corriesen cañas en la plaza de Bib-Rambla, en las que lucían sus esbeltos y airosos talles los apuestos moros de los diversos y nobles linajes de que se componía su corte.

También en el palacio real de la Alhambra, en el de los “Alijares,” labrado por Muley-Hacen con todo el lujo de que es susceptible el orgullo asiático, y en el recreo de Generalife, sucedíanse con frecuencia las zambras, sin que hasta entónces el más leve motivo hubiese turbado la fraternidad que reinaba entre los Alhamares, Abencerrajes, Gomeles, Mazas, Azarques, Gazules, Alabeces, Venegas y Zegríes, que eran los linajes más esclarecidos de Granada.

Corría el año de 1491.

Boabdil, á quien llamaban el Rey Chico, había dispuesto una brillante fiesta para celebrar el restablecimiento de las heridas que el maestre de Calatrava, don Rodrigo Tellez Giron, hiciera á su hermano Muza, hijo bastardo del rey Hacen, en singular combate á que le retara pocos días ántes en la Vega